



El color de los ojos de Dulcinea

(Homenaje a José Luis Tejada, profesor y poeta)

ANA SOFÍA PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER

(Universidad de Cádiz)

1. LA REALIDAD

En el año 2015 hice una encuesta para ver cuántos de mis alumnos de cuarto de Grado de Filología Hispánica habían leído el *Quijote*; leído de verdad: de principio a fin, seguido y entero. Resultó que de unas 50 personas que en el aula había —y eran estudiantes del último curso de Filología Hispánica— solo lo habían leído tres. Una francesa de Francia que lo tuvo como lectura obligatoria en su universidad. Una joven magrebí que también lo leyó al hilo de una universidad francófona o francesa. Y la tercera, una española que hubo de leerlo cuando disfrutó de una beca Erasmus en Liverpool (o Manchester, o Leeds...), porque estaba en el programa obligatorio. Una de las estudiantes foráneas comentó que en su contexto se recomendaba la lectura del *Quijote* porque era la mejor manera de “comprender España”. El corolario resultaba desmoralizador: ¿quizá los españoles no consideramos necesario comprendernos como españoles porque nos basta con serlo? ¿Acaso a los españoles la reflexión sobre nosotros mismos (nuestro contexto y devenir cultural) nos resbala? La inteligencia casi siempre es proclive al pesimismo, y uno se sentiría tentado a decir, con Luis Cernuda en su “Díptico español”, “Si yo soy español, lo soy / A la manera de aquellos que no pueden / Ser otra cosa”¹.

Claro que nuestras aulas no son muy diferentes de otras. Según una encuesta del CIS en 2015 sólo el 2% de los españoles había leído de verdad el *Quijote*, y aun este 2% resulta heroico, porque el *Quijote* no es fácil de leer. En una enumeración rápida las dificultades principales que ofrece su lectura podrían ser las siguientes:

1) Es un libro conocido, o vagamente conocido, y por tanto el lector no se acerca a él desde la expectativa de la sorpresa. Como bien explicaba Javier Marías, “todos los libros son eludibles si el posible lector tiene la sensación de haberlos leído ya”².

¹ Luis Cernuda, “Es lástima que fuera mi tierra”, *Desolación de la Quimera* (1962), en *Poesía completa*, vol. I, Ed. Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Siruela, 1999 (3ª ed.), pp. 501-504.

² Javier Marías, “Nuestra aventura”, *ABC Literario*, 22 abril 1989, p. IX. Texto recogido después en *Literatura y fantasma*, Madrid, Alfaguara, 2001. Y referido también en *El Quijote de Wellesley. Notas para un curso en 1984*, Madrid, Alfaguara, 2016. Disponible a través de la página del ABC, <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1989/04/22/065.html>.

2) Es un libro muy largo. Leerlo requiere tiempo y atención y a estas alturas de la galaxia internet ya estamos en la fase de los wasap, los twitters, las interacciones en tiempo real y los hipervínculos. A los jóvenes les cuesta cada vez más centrar la atención en un solo asunto a través de un único soporte.

3) Es un libro ligado a la memoria de lo obligatorio del que, sobre todo los niños que pudieron leer un resumen adaptado, conservan un recuerdo vagamente deprimente: no deja de ser triste y rural. Un libro triste porque va de un viejo loco del que la gente se ríe y al que los desalmados apalean y engañan. El sentido del humor es algo muy cambiante a lo largo de la historia, como recientemente muestra José María Perceval³. Y es un libro muy rural, lo que de alguna manera lo hace más deprimente: es difícil amar esa geografía de la España árida que con tanta perspicacia ha analizado Sergio del Molino en su ensayo *La España vacía*⁴. Un viejo loco en medio de un secarral rodeado de gente cruel es algo que encoge el corazón. Y encima, un secarral del año pum. Aunque esto no sea más que una caricatura, un retrato robot, es la imagen residual que ha quedado en bastantes lectores infantiles. También porque los resúmenes para niños suelen centrarse en la primera parte de la novela y en los episodios de mayor acción (cuando en el *Quijote* lo más abundante, enjundioso y divertido es la conversación).

4) Aparte, España es un país muy poco apegado a su historia: desde el siglo XVII nos sumergimos en la pesadilla de la decadencia, con un pico desastroso en el Desastre del 98 y una meseta del horror en la dictadura de Franco y su manipulación de las señas de identidad nacional. Hasta ayer mismo —*hoy es siempre todavía*— la educación en España ha propendido a ser muy facciosa: tradicionalista o antitradicionalista, católica o anticatólica, épica o antiépica, nacionalista o antinacionalista, centralista o anticentralista, de inflexible supremacismo o de buenismo inflexible... La Institución Libre de Enseñanza fue una golondrina que no hizo demasiados veranos. En la era posmoderna resulta cansina la imagen anacrónica y masoquista del noble perdedor, al estilo rubendariano de las “Letanías de Nuestro Señor don Quijote”: “Rey de los hidalgos, señor de los tristes...”. Solo la evidencia aplastante de la incultura general y los fuegos artificiales de la cultura del espectáculo han hecho digerir a las masas el desapego que nuestra historia les (nos) inspira.

5) Andrés Trapiello se ha fijado particularmente en que hoy por hoy el *Quijote*, tal como lo escribió Cervantes, es ininteligible o al menos muy incómodo de leer. La solución que a Trapiello se le ha ocurrido pasa por “traducirlo al castellano actual” “íntegra y fielmente”, en un empeño tan loable como discutido y discutible, más que nada porque todo, palabra por palabra, es susceptible de ardua discusión, y no solo es una cuestión de palabras sueltas sino de reordenación sintáctica para que el flujo verbal nos resulte tan natural como en su día les resultó a los contemporáneos de Cervantes⁵. Al lector familiarizado con el *Quijote* le resulta muy raro no encontrar lo que espera, no reconocer lo que conoce, pero este ejercicio está pensado precisamente para los que nunca han leído el libro y no lo leerían jamás en el castellano del siglo de Oro. Un reto, una provocación, un placer. Una buena idea que ha sido defendida por Trapiello a capa y espada y ha contado con el apoyo de los mejores especialistas, lectores y escritores:

³ José María Perceval, *El humor y sus límites. ¿De qué se ha reído la humanidad?*, Madrid, Cátedra, 2015.

⁴ Sergio del Molino, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner, 2016.

⁵ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha puesto en castellano actual íntegra y fielmente por Andrés Trapiello*, Barcelona, Destino, 2015.

Mario Vargas Llosa, Francisco Rico, Fernando Aramburu... Desde que entró en mi biblioteca, cada vez que he de volver a los asuntos quijotesco tengo la costumbre de comparar el *Quijote-Quijote* con el de Trapiello, y este cotejo siempre me da algo que pensar y también —de ahí la gracia— algo que discutir.

6) Durante la época en que nuestra visión de la cultura estaba dominada por el libro impreso, y la posibilidad del ascenso social muy ligada a la administración de la cultura, se leía para ser culto, que era una manera de llegar a ser algo, a salir de la nada, o de estar a la altura. Pero ese estadio se corresponde con sociedades históricas modernas y contemporáneas que no son la democracia masiva actual de un país donde nunca se ha digerido la excelencia. A la juventud “ser culto” le resulta una aspiración bastante anacrónica. No queremos ser “cultos”, sino ricos y famosos, o al menos populares. En este contexto el *Quijote* queda reducido a un tatuaje corporal estilizado, del tipo del dibujo que en su día ofreció Picasso (1955). Un consumo más o menos estetizante, tribalista o banal. Como hacerse un selfie en algún pueblo manchego. (Curiosamente, lo primero que hace el personaje de don Quijote al salir del lugar innominado de la Mancha es hacerse un selfie imaginativo-verbal:

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Y era la verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo:

—Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras. (*Quijote*, I, 2, pp. 46-47)⁶

⁶ Citamos aquí y en lo sucesivo *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes, por la edición monumental dirigida por Francisco Rico con la colaboración de Joaquín Forradellas. Estudio preliminar de Fernando Lázaro Carreter, Barcelona, Instituto Cervantes / Editorial Crítica, 1998, vol. I, p. 46-47. Es la que está disponible on-line a través del Centro Virtual Cervantes, del Instituto Cervantes. Añado la versión de Andrés Trapiello, como piedra de toque:

“Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—Quién duda que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, el sabio mago que los escriba no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera: “Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora que, dejando la blanda cama del celoso marido, se mostraba por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel”.

Y en verdad por él caminaba. Y añadió:

Recuerdo una conversación con Ana Rossetti en que me explicó cómo explicaba ella el *Quijote* a sus nietos: la historia del vejestorio que inventó el juego de rol. Qué lástima que no pudiéramos traer a Ana Rossetti a Cádiz para el Homenaje a Cervantes. Queda pendiente.)

Hasta aquí, un resumen de paisaje lector.

Entonces me pregunto qué lógica une ahora la realidad histórica con la simbólica a través del *Quijote*, dentro de una cultura conmemorativa como la que describía Maurice Halbwachs:

Todos los recuerdos se construyen socialmente. Tanto la memoria institucionalizada – las interpretaciones del pasado construidas por las élites políticas, sus partidarios y oponentes– como la memoria individual están sujetas a las necesidades del presente. Mientras que la memoria individual, la recopilación y reconfiguración de las experiencias propias de una persona entra en el campo de la neurobiología, la memoria institucionalizada puede ser más fácilmente analizada dentro del contexto de la política. Las conmemoraciones, los libros de texto, los nombres que se ponen a los espacios públicos y los monumentos son algunos de los elementos de la memoria institucionalizada que los Estados y los regímenes utilizan para presentar su narrativa del pasado a fin de justificar el orden político actual⁷.

Me pregunto qué necesidades presentes determinan la preservación de Cervantes y el *Quijote*. En busca de respuestas me fijo en la peregrina historia de la búsqueda de los huesos de Cervantes en la Iglesia de San Ildefonso del Convento de las Trinitarias Descalzas de Madrid. Este episodio muestra, según José Manuel Lucía Megías, la supersticiosa y despilfarradora adoración actual de la tecnología: los técnicos se lanzaron a buscar restos con su potente máquina sin molestarse en consultar archivos ni registros de enterramientos, y, en su ignorancia megalómana, buscaron bajo el altar sin reparar en que Cervantes no murió como príncipe de las letras sino como súbdito muy modesto... Una historia parecida a la escena final de Indiana Jones con el cáliz de la última cena. Más allá de la potente máquina manejada por el indocto equipo, el suceso indica que nos importa sustentar la economía patrimonialística como sea. Encontrar los huesos de Cervantes hubiera servido para potenciar el turismo en el madrileño Barrio de las Letras y por ende a su alrededor. Europa vive de ser el mayor museo o parque temático histórico del mundo. No es que esto sea algo malo, en absoluto, pero es lo que es: discurso o recurso para sustentar la economía.

A nivel de *mass media* quizá lo más sonado del 2017 fue la aparición de Cervantes en uno de los capítulos de la aclamada serie de televisión “El ministerio del tiempo”. Fue concretamente en el capítulo 11 de la segunda temporada, emitido el 29 de febrero de 2016. El argumento del episodio consistía en viajar al pasado para evitar que Cervantes vendiera el *Quijote* a los ingleses, que lo hubieran publicado en inglés como algo suyo, robándonos nuestra mayor aportación al canon universal. Se trataba en el fondo de un enredo anglófobo montado sobre una cuestión de puro prestigio nacional y valor

—¡Dichosa edad y dichoso siglo aquel en el que salgan a la luz las famosas hazañas mías, dignas de tallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar ser el cronista de esta inaudita historia!, te ruego que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y veredas” (*Don Quijote... puesto en castellano actual... por Andrés Trapiello*, ed. cit., pp. 44-45).

⁷ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva* (1950), trad. Inés Sancho-Arroyo, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

material. Daba la impresión de que a ciertos niveles la mayor preocupación española era mostrar superioridad en los fastos cervantinos sobre el sabio *merchandising* que el Reino Unido hace de Shakespeare. Una tontería nacionalista muy siglo XIX en pleno siglo XXI. Aunque la competencia económico-cultural a la hora de la verdad tampoco sea ninguna tontería. No es banal el prestigio como no lo es la autoestima. La serie escogió la interpretación más sencilla y convencional de “valor”, sí, y fue en ello muy fiel a los principios básicos de la propaganda, tal como los expuso Goebbels. El enemigo se unificó en uno solo, el inglés (principio de simplificación), a partir de un sustrato preexistente (principio de la transfusión: los argumentos arraigan en actitudes primitivas ligadas a una mitología nacional o un complejo de odios y prejuicios tradicionales), y el producto vendido, el valor del *Quijote*, se atuvo al “Principio de la vulgarización”: “Toda propaganda debe ser popular, adaptando su nivel al menos inteligente de los individuos a los que va dirigida. Cuanto más grande sea la masa a convencer, más pequeño ha de ser el esfuerzo mental a realizar. La capacidad receptiva de las masas es limitada y su comprensión escasa; además, tienen gran facilidad para olvidar”. En fin.

No hubo casi escritor prestigioso que entre el 2015 y el 2016 no publicase (o reeditase) su contribución al centenario. En realidad, el centenario de las dos partes del *Quijote* viene siendo largo, porque va de 2005 a 2015, a lo que se suma el 2016 por la muerte del autor y el 2017 por su *Persiles* póstumo. En todos estos años se ha publicado mucho, y además bueno. En 2016 destaca como obra colectiva el magnífico catálogo de la exposición organizada por la Biblioteca Nacional y Acción Cultural Española en torno a *Miguel de Cervantes: de la vida al mito (1616-2016)*, comisariada por José Manuel Lucía Megías, que lleva textos del propio Lucía Megías, Carlos Reyero, José Álvarez Junco y Javier Gomá Lanzón. Una exposición que fue todo un éxito, con 80.000 visitas. Un año que no se perdió, si hacemos caso del balance de las actividades promovidas por la comisión nacional para la celebración del IV centenario, que acercaron la figura de Cervantes a más de tres millones de personas.

Hemos llevado a cabo un gran despliegue nacional e internacional. El mayor que hemos podido, buscando, desde las instituciones, hoy como ayer, el prestigio y el poder, que implican el conocimiento y el dinero, y, por qué no, también el placer. Un provecho útil, horaciano: “Delectare et prodesse”.

2. Y EL PLACER O EL DESEO

En este punto tal vez convenga dar el salto de la realidad al deseo, de la inteligencia a la voluntad. Porque es el momento de volver al día a día de las aulas, de la persuasión, de la incitación a la lectura sin más parafernalias ni recursos que las palabras y los argumentos, y en esos momentos echamos mano de los grandes valores y de los ideales. Por ejemplo, de Stefan Zweig (el suicida), en su elogio del misterio de la creación:

De todos los misterios del universo, ninguno más profundo que el de la creación. Nuestro espíritu humano es capaz de comprender cualquier desarrollo o transformación de la materia. Pero cada vez que surge algo que antes no había existido —cuando nace un niño o, de la noche a la mañana, germina una plantita entre grumos de tierra— nos vence la sensación de que ha acontecido algo sobrenatural, de que ha estado obrando una fuerza sobrehumana, divina. Y nuestro respeto llega a su máximo, casi diría, se torna religioso, cuando aquello que aparece de repente no es cosa

perecedera. Cuando no se desvanece como una flor, ni fallece como el hombre, sino que tiene fuerza para sobrevivir a nuestra propia época y a todos los tiempos por venir —la fuerza de durar eternamente, como el cielo, la tierra y el mar, el sol, la luna y las estrellas, que no son creaciones del hombre, sino de Dios—. A veces nos es dado asistir a ese milagro, y nos es dado en una esfera sola: en la del arte.⁸

O de la agudeza de Italo Calvino en sus aforismos y comentarios sobre qué es un clásico. De los catorce que comenta Calvino, extraemos ocho:

Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular tanto cuando se fijan inolvidables en nuestra imaginación, como cuando se esconden en los pliegues de la memoria, disfrazándose de inconsciente individual o colectivo.

Un clásico es un libro que nunca agota todo lo que tiene que decir a sus lectores.

Los clásicos son libros que cuanto más creemos conocer de oídas, más originales, inesperados y vanguardistas encontramos cuando los leemos realmente.

Se llama clásico al libro que representa todo el universo, un libro en el mismo plano de los antiguos talismanes.

“Tu” clásico es un libro con el que no puedes permanecer indiferente, y que te ayuda a definirte a ti mismo en relación e incluso en oposición a él.

Un clásico es una obra que viene antes de otros clásicos, pero que quienes han leído otros clásicos le reconocen inmediatamente su sitio en la genealogía de estos.

El libro clásico relega el ruido del presente y los murmullos de fondo, de los cuales sin embargo no puede prescindir.

Es clásico el libro que persiste como ruido de fondo incluso cuando predomina un presente totalmente incompatible con él.⁹

Sí. Realmente. Y entonces recuerdo que, cuando yo era alumna de Filología Hispánica, tampoco leí el *Quijote* ni entero ni bien. Hice lecturillas de esas que eufemísticamente se llaman “oblicuas” o, lo que es lo mismo, de echar un ojo suficiente para mentir de manera verosímil. Hubo un examen en que saqué matrícula de honor con una encendida apología feminista de las mujeres del *Quijote* (lo que sabíamos que le agradaba a la profesora que nos examinaba). Pero más aún recuerdo el desconcierto que, ya en cuarto o quinto de carrera, nos producía la idea de que nos examinase de Siglo de Oro José Luis Tejada Peluffo, un poeta andaluz de la generación del 50 que por los años 80 en que estudié impartía desde literatura medieval hasta siglo XX pero era, ante todo, un poeta que tenía a veces, en clase, instantes de plenitud lírica y docente cuando recitaba de memoria los textos que amaba. Se emocionaba y se reía. Nos reíamos y nos contagiábamos también de su emoción.

“Ojo con Tejada, que te sale con preguntas raras y te pilla desprevenido”. “Un año preguntó de qué color eran los ojos Dulcinea del Toboso...”.

⁸ Stefan Zweig, “El misterio de la creación artística” (conferencia pronunciada en Buenos Aires en 1938, recogida después en el libro *Tiempo y mundo. Impresiones y ensayos (1904-1940)*). Hay reedición en Barcelona, Juventud, 2004), Madrid, Sequitur, 2007. Una versión accesible en la web en <http://www.morfologiawainhaus.com/pdf/Zweig.pdf>. Este texto fue un regalo que nos hizo a los oyentes, en una de sus conferencias, el arquitecto Alberto Campo Baeza.

⁹ Italo Calvino, *Por qué leer a los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1993.

Recuerdo que yo entonces no lo sabía. Mis compañeros tampoco. Con lógica escolástica discurríamos que el ideal renacentista era más bien boticellesco y Dulcinea habría de tener los ojos claros. No existía internet para hacer búsquedas rápidas. Allí quedó la cosa hasta que muchos años después, muerto ya mi profesor, leyendo (o relejendo acaso) el *Quijote*, topé con este pasaje, en el capítulo once de la segunda parte:

[...] Mas, con todo esto, he caído, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura: porque, si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas antes son de besugo que de dama; y, a lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas; y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas a los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. (*Quijote* II, 11)¹⁰

El lector nunca llega a saber de qué color tiene los ojos Dulcinea porque ni Dulcinea como tal existe con ojos ni a don Quijote es cosa que le importe. Para él, Dulcinea es un ideal poético a la manera petrarquista: “su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas” (I, 13).¹¹

Cuando Sancho embauca a don Quijote contándole que ha visto a Dulcinea, y se la describe, lo que hace Sancho sin querer (¿o acaso también queriendo?) es una parodia (anti)petrarquista, descolocando aún más los términos metafóricos que ya don Quijote había tendido a desmesurar. Es esta una tradición burlesca que ha sido muy bien analizada por Alicia de Colombí-Monguió¹² y que, más allá del renacimiento y el barroco, fue aplicada por Gonzalo Torrente Ballester en el “Retrato de Julia”, dentro de la Saga/fuga de J.B.¹³

¹⁰ Inserto aquí la versión Trapiello: “Pero, con todo, acabo de caer, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura; porque, si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas antes son de besugo que de dama; y, a lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas; y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas a los dientes, que sin duda te trabucaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes” (ed. cit., pp. 576-577).

¹¹ En este pasaje lo único que cambia en Trapiello es un orden sintáctico: “y las partes que la honestidad encubrió a la vista humana son tales, según yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas” (ed. cit., p. 114).

¹² Alicia de Colombí-Monguió, “Los ojos de perlas de Dulcinea (*Quijote* II, 10 y 11). El antipetrarquismo de Sancho (y de otros)”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. 32, nº 2, 1983, pp. 389-402. Disponible *on-line*: nrfh.colmex.mx/index.php/nrfh/article/download/558/558.

¹³ Cf. Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier, “Gonzalo Torrente Ballester y el retrato cubista: Saga y fuga del rostro de Julia”, en *Estudios de la Universidad de Cádiz ofrecidos a la memoria profesor Braulio Justel Calabozo*, Cádiz, Universidad, 1998, pp. 373-380.



La desmesurada idealización de la realidad viene a parar literalmente en la creación de un monstruo. He aquí la representación de la bella Charité en la novela *Le Berger extravagant* (1627) de Charles Sorel. La reproduce Alicia de Colombi-Monguió en su interesante artículo.

También era José Luis Tejada un enamorado del barroco y muy particularmente de Lope de Vega. No nos cayó a nosotros en el examen la pregunta por el color de los ojos de Dulcinea, a Dios gracias, pero pienso ahora en cuánto debió disfrutar Tejada poniendo aquellos exámenes que eran finos ejercicios lúdicos de lectura, y me siento afortunada por haberle conocido, por haberle tenido de profesor, por haber leído finalmente —y casi muy a fondo— el *Quijote*, y haber reconocido al cabo del tiempo ese humor que salva. Que salvó a Cervantes. Que salva a don Quijote. Que salva al personal docente y, cuando hay suerte, al discente también.

Este año, en aquella misma asignatura de la encuesta, he propuesto como trabajo de fin de curso un ensayo inspirado por *Fahrenheit 451*; su tema: “Si las circunstancias lo requiriesen, ¿en qué libro te convertirías? ¿Qué memorizarías si hubieras de convertirte en un hombre o una mujer libro?”. Las respuestas de los estudiantes han sido de lo más variadas, pero no voy a entrar ahora en ellas.

Pienso en mí y le doy vueltas a la idea de que quizá yo escogería el *Quijote*. Pero quizá el *Quijote* que yo escojo no es exactamente el que escribió Cervantes sino una cadena de lecturas y lectores.

Es el *Quijote* que le sirvió a Unamuno para explicar que cuando hablan Juan y Tomás no son dos personajes los que hablan, ni siquiera seis, sino ocho: porque Oliver Wendell Holmes dividía a cada Juan y cada Tomás en tres: el Juan que Juan cree ser; lo que es Juan desde el punto de vista de Tomás; y lo que Juan sea verdadera y totalmente, que es un misterio sólo accesible a su creador. A esto Unamuno añadía la dimensión que a él más le importaba: el Juan que Juan quiere ser, análogo a ese don Quijote que salió de lo que Alonso Quijano quería ser¹⁴: el yo creador y creativo, el más verdadero.

Luego está mi novela pasada por la reflexión inteligente y gozosa de Gonzalo Torrente Ballester, *El Quijote como juego*, algo que también advertí en Ana Rossetti:

¹⁴ Miguel de Unamuno, “Prólogo” a *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920), Ed. Ciriaco Morón Arroyo, Madrid, Espasa Calpe, Col. Austral, 1999, pp. 48-51.

Conviene ahora detenerse en una breve digresión, simple referencia (que vale como recuerdo) a los niños cuando juegan. No a los que poseen el juguete-imitación-de-lo-real (el tren eléctrico, la muñeca meona, el caballo), pues juegan condicionados por el juguete mismo, cuya sola presencia merma o anula las facultades creadoras del niño: quizá a causa de eso, de la frustración que el juguete opera, el niño acaba rompiéndolo. El niño sin juguete, el que se ve obligado a inventarlo en una verdadera operación de *bricolage*, actúa como don Quijote: el más leve y lejano parecido le sirve para transmutar lo real y crear así el mundo en que puede jugar. [...] Una cita de Goethe: “El artista es la supervivencia del niño en el hombre”, autoriza a privar a este ejemplo de toda connotación peyorativa para don Quijote, quien, pese a su indiscutible madurez personal, sale a jugar como un niño y con los instrumentos del niño, quizá porque no encuentra otra manera de hacerlo.¹⁵

Otra reflexión que estimo muy reveladora es la que lleva a cabo Rafael Sánchez Ferlosio aplicando al Quijote la filosofía de Walter Benjamin. Es lo que hizo en 2004, en su discurso de aceptación del Premio Cervantes, que tituló “Carácter y destino”: don Quijote, como Sancho Panza, es un personaje concebido para manifestarse en plenitud de su ser mediante la palabra y, con la excusa de alguna acción, disfrutar y hacer reír. Pero el carácter de don Quijote le lleva a querer cumplir un destino de héroe “agónico”, ajeno a la felicidad y a la satisfacción. Al final, “la sin par naturaleza de Don Quijote estaba en ser un personaje de carácter cuyo carácter consistía en querer ser un personaje de destino. Sus acciones, en la narración que simultáneamente se les superpone, aparecen transfiguradas precisamente como destino. Pero en la misma medida en que tal transfiguración es producto de un empecinado esfuerzo del carácter, no se trata, en modo alguno, de una especie de hibridaje entre los dos órdenes. El ser personaje de destino es la obra de su carácter; por eso, lejos de disminuir su condición de personaje de carácter, la confirma y reduplica”.¹⁶

Finalmente está la lectura que propone Javier Gomá en un ensayo que conmueve sobre “Cervantes. La imagen de su vida”:

Cervantes es el español más universal y la imagen de su vida, compuesta de idealismo, cortesía y chiste, la más civilizadora de cuantas existen. Su ejemplo nos enseña a mantener vivas las fuentes del entusiasmo por el ideal incluso en la edad tardía y, pese a los desengaños inevitables que trae la experiencia, a no renunciar al deseo infinito, al ansia de lo mejor y a la invención incesante. Pero como su ejemplaridad es risueña y su idealismo, benigno y sanamente relativista, deja amplio espacio a los demás, a quienes dedica su proverbial cortesía.

El *Quijote*, resume Gomá, “es el libro del idealismo posible en la modernidad escindida”, y la imagen de Cervantes “está llamada a valer de gran mito postmoderno. España sería mejor, más cívica, más urbana, más humana, si se asemejase más a Cervantes, si imitara más su ejemplo, si fuera más cervantina. Y el resto del mundo también”.¹⁷

¹⁵ Gonzalo Torrente Ballester, *El Quijote como juego y otros trabajos críticos*, Barcelona, Destino, 1984, pp. 115-116. El ensayo original es de 1975.

¹⁶ Rafael Sánchez Ferlosio, “Carácter y destino” (2004), reproducido en la web <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=14367>. En forma de libro se recoge en *Visiones del Quijote*, Ed. Álvaro Armero, Sevilla, Renacimiento, 2005, pp. 246 y ss.

¹⁷ Javier Gomá, “Cervantes. La imagen de su vida”, en Miguel de Cervantes: de la vida al mito (1616-2016), pp. 249-265. Este ensayo se recoge posteriormente en el volumen *La imagen de tu vida*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, pp. 53-90.

El pensamiento de Gomá surge en la coyuntura de la crisis de valores postmoderna para intentar reformular “ejemplos” que sirvan para articular modelos sociales positivos. Y cómo no ir a parar a Don Quijote, el de los consejos a Sancho cuando este iba a ser y fue gobernador de la ínsula Barataria:

DECÁLOGO DE DON QUIJOTE

De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula (y también después)

1. Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerlo está la sabiduría y siendo sabio no podrás errar en nada.
2. Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se conquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.
3. Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.
4. Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las alegaciones del rico.
5. Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.
6. En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, no andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo descuidado.
7. Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día; y advierte que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.
8. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.
9. No hagas muchas leyes, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan, que las leyes que no se guardan lo mismo es que si no lo fuesen, antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen.
10. No te muestres codicioso, mujeriego ni glotón, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación, por allí te darán batería, hasta derribarte en el profundo de la perdición.¹⁸

(*Quijote*, II, 42, 43 y 51)

Sí, de tener que ser una mujer-libro, yo sería el *Quijote*. Ese *Quijote* que ha abarcado tantos mundos, y que a mí se me reveló como cadena concretamente gracias a José

¹⁸ Veamos cómo traduce Trapiello el tercer principio, con su “ley del encaje”: “Nunca te guíes por la ley del encaje o del favoritismo, que suele ser muy apreciada por los ignorantes que presumen de agudos” (op. cit., p. 795).

Montero Reguera, en un ensayo delicioso que merecería una reedición: *El Quijote durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*.¹⁹

No deja de ser paradójico que escogiera yo un libro que, como bien ha visto la crítica, está escrito a menudo con descuido, muy lejos de la sacralización de la forma que se advierte en la poesía, aspecto que a menudo ha comentado Francisco Rico. Un libro resumible y recortable, sí. Pero en este punto creo entender el enigmático cuento que incluyó Borges en su libro *Ficciones* (1944), “Pierre Menard, autor del Quijote”, donde se nos cuenta la historia de un oscuro poeta y erudito que se propuso reescribir la obra cervantina en pleno siglo XX como si fuera Cervantes en el XVI, y así lo hizo: volvió a escribir, exactamente igual a como lo hiciera Cervantes, el *Quijote*. Pero no todo el *Quijote* sino solo algunos capítulos (el 9 y 38 de la primera parte y un fragmento del capítulo 22, de la segunda). Borges selecciona los momentos donde Cervantes se demuestra sorprendentemente genial. En el capítulo 9 de la primera parte es cuando el autor, que ha detenido su relato porque se le habían perdido los papeles que estaba transcribiendo, busca la continuación de la historia y la encuentra en el Alcaná de Toledo: allí es cuando “aparece” el historiador árabe Cide Hamete Benengeli y el autor da un salto al océano de las cajas de espejos. El capítulo 38 de la primera parte contiene el “curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras”, donde el hidalgo defiende las armas no solo como el soldado que Cervantes fue, sino como el hombre consciente de que en la esfera de lo real las armas son las reales y lo que se juega el hombre es la vida. Una sibilina lección de hiperrealismo y, a la vez, de ironía, pues el que defiende las armas es ahora, justamente, un hombre de letras, y a través de un loco-cuerdo, o un cuerdo-loco. El capítulo 22 de la segunda parte es el que resume lo que pasó en las bodas de Camacho (que no fueron tales bodas) e inicia la aventura de Don Quijote en la cueva de Montesinos, de donde saldrá (pero eso ya en el capítulo 23) el mundo onírico de don Quijote puesto del revés por los embustes de Sancho: un salto al infinito en el que finalmente no está muy claro quién tiene la sartén del sueño por el mango, porque son dos los que juegan y los que saben que juegan.

Sostiene Santiago Juan-Navarro que lo que hace Borges en este relato es abogar por el mecanismo de la meta-ficción y la autorreferencialidad, y por la lectura como praxis abierta al infinito y además reversible:

Tanto en la novela de Cervantes como en el cuento de Borges podemos apreciar todos aquellos rasgos que Linda Hutcheon (1980) y Patricia Waugh (1984) consideran característicos de la literatura autorreferencial: la dispersión del punto de vista narrativo, la dialéctica entre la ficción y la realidad, la parodia de los géneros literarios precedentes, el juego verbal e intertextual y lo que aún es más importante, la tematización del acto de la lectura dentro del propio texto. [...]

La conclusión del relato [de Borges] abre una nueva perspectiva en el análisis de lo que podríamos considerar como la reversibilidad del fenómeno intertextual. La posibilidad de leer obras anteriores desde nuevos puntos de vista acaba por modificar la obra original, multiplicando hasta el infinito su potencial significativo. La teoría de las influencias pierde, por tanto, el carácter cronológico que se le había atribuido tradicionalmente.²⁰

¹⁹ José Montero Reguera, *El Quijote durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*, Valladolid, Universidad, 2005.

²⁰ Santiago Juan-Navarro, “Atrapados en la galería de los espejos: hacia una poética de la lectura en “Pierre Menard” de Jorge Luis Borges”, *Selected Proceedings of the Thirty Ninth Annual Mountain*

Así es. Lo que no obsta para que, entre Borges y Cervantes, yo me quede con Cervantes. Con un Cervantes que incluye a Borges. Y a José Luis Tejada. Que incluye las trampas que hacen mis alumnos y las que yo hice. Y el color de los ojos de Dulcinea. Y el amor irremediable a la lengua materna. Pues, como también dijo Cernuda en el poema del “Díptico español”,

Lo que el espíritu del hombre
Ganó para el espíritu del hombre
A través de los siglos,
Es patrimonio nuestro y es herencia
De los hombres futuros.

Tengo en mi despacho de la Facultad de Filosofía y Letras un verídico retrato de Miguel de Cervantes, quizá el único del mundo donde aparece con gafas, tal como su enconado enemigo Lope de Vega lo retrató. Lo hizo para mí *ex profeso* el artista gaditano José Alberto López. Créanme si les digo que a veces sospecho que en el modelo nos fundimos don Miguel, José Alberto y yo.



José Alberto López, *Retrato de don Miguel de Cervantes con gafas* (2016). Técnica mixta sobre tabla.

Mi pequeña encuesta resultaba muy chocante en teoría, cuando el Quijote es quizá nuestra mayor seña de identidad cultural, un auténtico “lugar de la memoria” tal como lo define Pierre Nora:

Un lugar de la memoria es un conjunto conformado por una realidad histórica y otra simbólica. Cuando un personaje, un lugar o un hecho es constituido como lugar de la memoria es que se está desentrañando su verdad simbólica más allá de su realidad histórica. Se trata de constituir un conjunto simbólico y advertir la lógica que las reúne²¹.